

HISTORIA DEL MUNDO PARA NIÑOS



por
V. M. HILLYER
Con numerosas ilustraciones por
Carle Michel Boog y M. S. Wright



ÍNDICE



	Págs.
Prefacio	6
Introducción	7
Escala del tiempo	13
HISTORIA DEL MUNDO PARA NIÑOS	
Comienza aquí	15
Cómo comenzaron las cosas	16
Incomodidades y peligros	23
¡Fuego! ¡Fuego!	28
Desde un aeroplano	31
Comienza la verdadera Historia	34
Los escritores de enigmas	38
Los constructores de tumbas	42
Un rico país donde no había dinero	46
Los judíos errantes	51
El bello cuento de los dioses	57
Un bello cuento guerrero	64
El Rey de los judíos	68
El pueblo que hizo nuestro A B C	71
Duro como pezuñas	75
Coronas de laurel	78
Un mal comienzo	81
Reyes con tirabuzones	85
La ciudad de las maravillas	88
Una gran sorpresa	90
Al otro lado del Mundo	94
Ricos y pobres	97
Roma se libra de sus reyes	101
Grecia contra Persia	104
Las carreras de Maratón	108
Uno contra mil	111
La edad de oro	115

HISTORIA DEL MUNDO PARA NIÑOS

	Págs.
Griegos contra griegos	120
Hombres sabios y extraordinarios	123
Un muchacho rey	127
Buscando pelea	131
La “bota” pega y pateo	135
El nuevo campeón del Mundo	138
El más noble de todos los romanos	143
Un emperador convertido en Dios	148
“Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria”	153
Sangre y truenos	157
Un buen emperador y un mal hijo	162
I — H — — S — — — — V — — — — —	166
Malos enemigos	169
Los campeones del Mundo chocan con bárbaros blancos y bárbaros amarillos	173
Anochecer	177
“Ser bueno	181
El camellero	185
Cosas de los árabes	190
Una luz en las tinieblas	196
El fin del Mundo	201
Castillos verdaderos	203
Señoras y caballeros	207
Lucha entre moros y cristianos	211
Una gran aventura	214
Tres reyes en hilera	218
Biblias en piedra y cristal	223
Un gran contador de historias	228
La aguja mágica o un mágico poder	232
La guerra más larga que ha habido	235
Libros y cañones	239
Reyes Católicos	243
Un reino en que no se pone el sol	246

HISTORIA DEL MUNDO PARA NIÑOS

	Págs.
Un marino que descubre un Nuevo Mundo	249
Cazadores afortunados	255
El país del oro y de los encantos	259
Nacer de nuevo	262
Guerras entre cristianos	266
Un rey que perdió la cabeza	270
Pelucas y tacones	273
Unos locos cuerdos	277
Un príncipe que se escapa de casa	280
América se libra de sus reyes	283
Lo de arriba a abajo	287
Un pequeño gigante	292
Desde el dios Pan y su flauta hasta el fonógrafo	299
Los periódicos desde el 1850	304
La edad de los Milagros	308
Los alemanes intentan conquistar el Mundo	312
Ayer, hoy y mañana	316



Esta página no es para ti, querido niño lector. Es para cualquier persona de veinte, treinta, cuarenta o más años que sienta la curiosidad de hojear este libro. Es lo que esas personas llaman el:

PREFACIO



Dar al niño una idea de lo que ha sucedido en el mundo antes de que él viniera a la vida;

Sacarle del pequeño recinto de su observación para ponerle en contacto con un horizonte mucho más dilatado y que no podría suponer sin error;

Ampliar sus puntos de vista, haciéndole conocer los contrastes de la vida actual con la de otras edades;

Familiarizarle con los hechos más trascendentales de la Historia y con los nombres de mayor fama, fijándolos en el tiempo y el tiempo y en el espacio, como base para un más detallado y futuro estudio;

Proveerle de una clave cronológica lo menos arbitraria posible, dentro de la cual él pueda luego situar el contenido de sucesos que analizará en sus posteriores estudios históricos;

Tal es el propósito de esta primera revisión de la Historia del Mundo.

Tampoco esta parte del libro es para ti.
Es para tu padre, tu madre, tu maestro.
Es lo que ellos llaman la:

INTRODUCCIÓN



Como todos los niños, antes de los ocho años yo no tuve noción de otra historia que la relativa a mi país.

Para un americano como yo, el mundo comenzaba en el año 1492, en que Colón descubrió América. Cualquier otro acontecimiento o relato referente a tiempos anteriores a esa fecha que llegaba a mis noticias por casualidad, tomaba en mi espíritu la categoría de un bello cuento.

Cristo, su época, su historia, v. gr., de que se nos hablaba en la escuela o en la iglesia en días consagrados a las lecturas del Evangelio, constituían para mí una mera ficción, sin sospecha de estricta realidad. Esos acontecimientos, yo pensaba, deberían corresponder a un reino imaginario y misterioso, y lo pensaba con dolor, porque lo que hemos apetecido todos cuando niños era precisamente que las cosas bellas hubiesen sido ciertas.

Dar al niño de un país sólo historia de ese país, es cosa tan pobre y absurda como sería no enseñar más que la historia de la provincia o del pueblo donde se habita.

Para proceder de esa forma mezquina se dan nada menos que razones de patriotismo, con lo cual no sólo desmerece el concepto de la historia, sino de la patria. La historia más o menos local estrecha el espíritu, conduce a nociones equivocadas, fomenta la ignorancia y el egoísmo e impide entrar en saludable y generosa comunión con otros pueblos.

La Gran Guerra ha sido el acontecimiento que ha roto esa tradición errónea en la enseñanza de la Historia, y han sido los propios niños quienes, fuertemente interesados con lo que pasaba en el mundo, prescindieron de sus escasas noticias sobre otros países para

estudiarlos, conocerlos e interesarse en su suerte.

Desde los ocho o los nueve años el niño es muy inquisitivo y está en excelentes condiciones para penetrar en la Historia del Mundo. Así he procedido con mis alumnos, a despecho de los academicismos, del escepticismo de los padres y de toda clase de anatonismos. Cada vez estoy más seguro de que he acertado.

Ahora bien, el problema consiste en graduar esta enseñanza y encontrar para ella un plan adecuado. Fruto de mi experiencia es el convencimiento de que necesitamos textos adecuados, que no sean los muy extensos que es preciso leer para que hablen de todo, ni los manualitos que estrangulan el proceso histórico. Estos nuevos libros han de ofrecer un panorama completo y, a la vez, una narración sugestiva que haga perfectamente compatible lo atrayente con lo verídico.

Las recientes investigaciones sobre los poderes mentales del niño nos muestran lo que el niño puede o no puede entender con referencia a fechas, números, vocabulario, abstracciones, y en el futuro los libros de texto tendrán que estar supeditados a esas conclusiones. De otra manera los libros quedarán “fuera de la cabeza” del niño y constituirán un objeto pesado y repulsivo.

La razón de decidimos a escribir un libro de este tipo es la experiencia alcanzada durante muchos años de contacto con los niños, y la cual nos ha enseñado que todo cuanto había sido escrito en los libros de historia para los pequeños tomaba un corte muy diferente en el momento en que los alumnos tratan de redactar sus resúmenes. Nuestras clases han sido inspiradas, más que en la marcha recomendada por los textos, en el contenido y en el lenguaje de los escritos infantiles.

Hemos procurado el mayor rigor en la fraseología para evitar equívocos que conducen a adquirir ideas torcidas o a dobles significados, porque el niño tiende a interpretar las palabras literalmente. Así, cuando se dice que “Roma era una ciudad *sobre* el río Tiber”, los niños han creído que se trataba de una ciudad flotante, alimentando todas las fantasías que ello lleva consigo sobre la esta-

bilidad de los edificios, las salidas de los habitantes.

Los tópicos que hemos elegido no serán siempre los más importantes, pero sin dejar de ser interesantes, lo que sí son siempre es intangibles. Hemos prescindido de todo lo que escapa a la comprensión infantil, como las generalidades sobre la significación política, social, económica, religiosa de los sucesos, pensando naturalmente que esta historia es sólo una historia preliminar.

Existen excelentes biografías e historias particulares, pero ellas no proporcionan un aceptable concepto histórico, porque son trozos inconexos que quedan flotando en la mente infantil, sin que ésta sea capaz de localizarlos en el espacio ni adscribirlos al tiempo.

Hemos preferido seguir un sistema, por rudimentario que sea, y ninguno nos ha parecido tan lógico como la cronología, prescindiendo en cambio de las ideas de nacionalidad. Esto es, contamos la historia en cada siglo o en cada época, sin preocuparnos de la nación en que tuvieron lugar. La historia de cualquier pueblo en particular está intercalada, a la vez que interrumpida, según que en cada momento del proceso histórico de la Humanidad aquel pueblo jugara el papel más destacado o uno muy secundario. No hacemos, pues, capítulo aparte de la historia de los griegos, ni de los romanos, sino que pintamos un panorama de conjunto. Los detalles serán más tarde tomados en consideración, como el artista hace con su obra.

Representamos la sucesión del tiempo por una escalera para dar la sensación gráfica de los pasos que da la Humanidad en su desarrollo. Cada tramo representa un período de mil años, y cada peldaño una centuria. Recomendamos la ejecución de una escala semejante en gran tamaño y en sitio visible de la escuela. Los niños pueden ilustrar con dibujos en colores relativos a gentes y a sucesos cada uno de los momentos de la escala. Esta representación es conveniente incluso en la habitación del niño; conviene incluso en la habitación del niño; y si el muro en que la escala está dibujada mira hacia la cama, mejor. Así, en los momentos en que el chico está despierto, encontrará un tope a su imaginación extraviada sobre el pasado de las gentes e ideará nuevos

motivos para ilustrar aquellos peldaños.

Sin este control gráfico lo mismo le dará al niño decir mil años que diez mil años antes o después de Cristo refiriéndose a un suceso, porque en los primeros pasos de este estudio la edad del niño no le permite apreciar el valor del tiempo expresado simplemente por cifras o por una relativa posición de las fechas. Únicamente visualizando estos datos por un procedimiento análogo al que ofrecemos quedarán impresas en la mente las posiciones relativas de los hechos en el tiempo. Sin una clave de cualquier tipo, el niño nos responderá que la Primera Olimpiada tuvo lugar setecientos mil años después de Cristo; que Abraham fué un héroe de la Guerra Troyana, o cosas semejantes.

Si se lleva a una persona a una reunión de personajes desconocidos, esa persona queda completamente indiferente al nombre y fisonomía de cada uno de ellos. Necesita oír algo que despierte su curiosidad o su interés en torno a alguno de los congregados para que trate de retener su nombre y su figura. Lo mismo ocurre con la introducción al estudio de los hechos y personajes históricos; habrá de comenzarse por un corto número de ellos y a la vez decir cosas interesantes relativas a los mismos. Esos nombres, y los sucesos relacionados con ellos, será preciso repetirlo después con frecuencia si han de quedar grabados en la mente.

Para el propósito de conseguir un esquema básico, que en el futuro haya de ser gradualmente llenado por el niño, es preciso que la Tabla del Tiempo sea un motivo de constante por el niño. Esta tabla debería ser estudiada tanto como la de multiplicación, hasta que sea perfectamente dominada y en forma que cada gran acontecimiento pudiera ser asociado sin vacilación a la época correspondiente.

El ideal sería que el alumno pudiera hacer, partiendo del hombre primitivo, un sumario de la historia del mundo hasta nuestros días, relacionando *grosso modo* fechas y sucesos sin intercalar preguntas ni caer en confusiones. ¿Parece esto excesivo? No es tan difícil como puede sonar al oído. Todo depende del grado de síntesis que seamos capaces de dar a ese gran contenido. Por lo menos, yo puedo

asegurar que lo he conseguido de la mayoría de mis discípulos.

La actitud que los maestros adoptan es, sin embargo, muy distinta. Muchos opinan que lo de menos es que el muchacho olvide todo lo que aprendió. Lo importante es que le quede una impresión, un sedimento, de todo lo que se le enseñó superficialmente. Pero entendemos que en la historia no cabe eso. Si se dice que “en una ocasión un hombre realizó una hazaña”, no hacemos historia. Es preciso decir que “en 1492 Cristóbal Colón descubrió América”.

Lo histórico es quién, cuándo, dónde y por qué y para qué.

Este libro no es, por consiguiente, un libro suplementario en el estudio de la historia en la escuela, sino un fundamento para ulteriores estudios. Sin dejar de cultivar un género esencialmente narrativo, como interesa al niño, provee a éste de un esqueleto histórico. Su texto no significa lo más, sino lo menos que cabe decirle.

La materia está presentada de forma que después de sus lecturas pueda el niño hacer un relato distinto de ellas en un período de asimilación, y el texto ofrece infinitas oportunidades para formular al alumno preguntas sobre cosas implícitas en la exposición. Siendo un libro de lectura, permite una elaboración muy personal del alumno.

El error de seguir el camino inverso, esto es, la enseñanza de múltiples detalles sin atractivo para el alumno, conduce a que al final no sepan una palabra de nada. Recuerdo a este propósito los resultados conseguidos por algún profesor que en la enseñanza de la historia leía, recitaba, cantaba, dibujaba mapas y procuraba que ningún detalle pasara desapercibido. Al cabo de sus cursos preguntamos a uno de sus discípulos más distinguidos que nos dijera todo cuanto supiera de algún personaje, de alguna ciudad o de algún acontecimiento famoso.

Las preguntas fueron:

Diga cuanto sepa de Colón.

ídem id. de Nueva York.

ídem id. de la Guerra de los Treinta años.

He aquí las respuestas:

Colón fué un gran hombre.

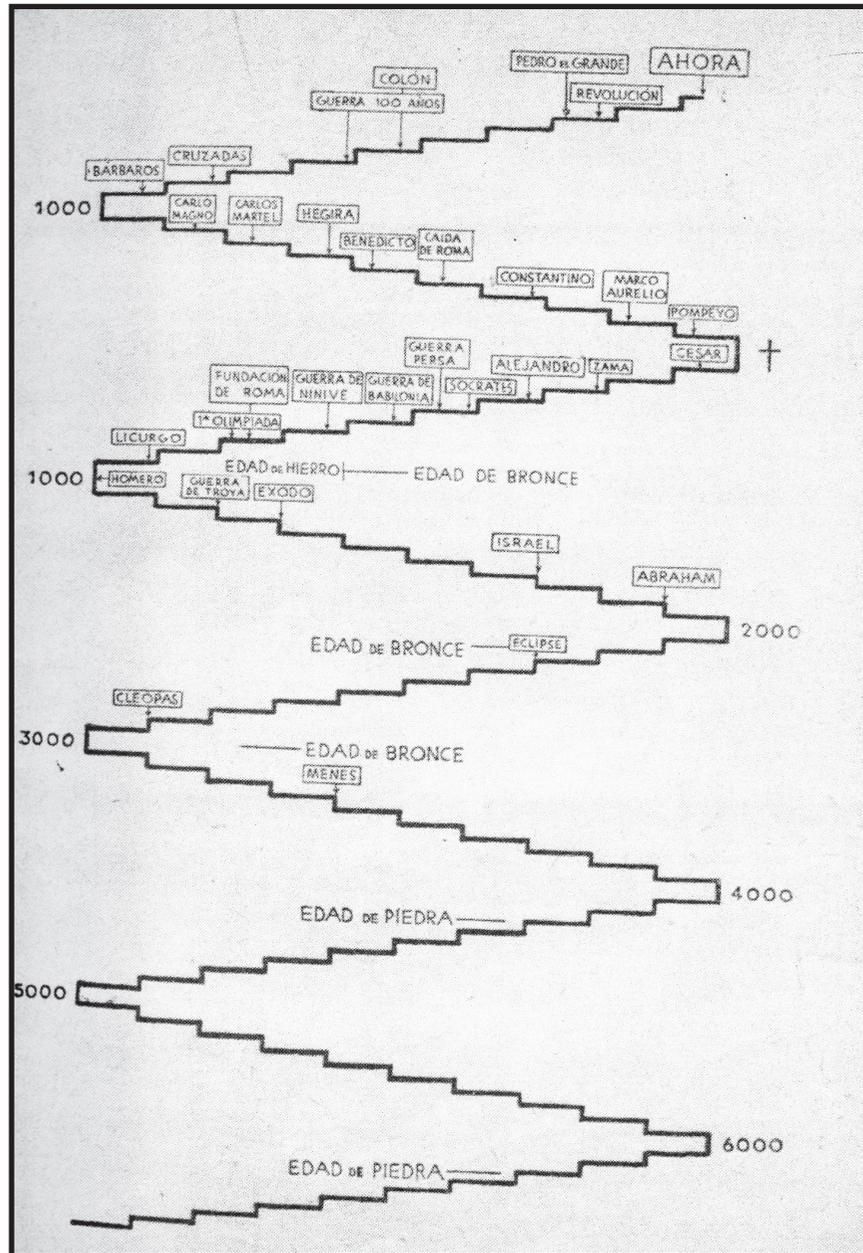
Nueva York es una gran ciudad.
La Guerra de los Treinta años fué muy célebre.

HE AQUÍ LA ESCALA DEL TIEMPO



Ella arranca de lejos, de muy lejos; se cuenta a partir del extremo más bajo en la página y sube, sube sin cesar, hasta nuestros días, hasta AHORA, hasta el momento presente en que leemos. Cada peldaño, ya dijimos, equivale a un ciento de años, a un siglo, y cada tramo representa mil años, diez siglos. Seguirá subiendo; no sabemos ni podemos calcular hasta cuándo. Si nos colocamos en el último peldaño, en el de AHORA, y comenzamos a descender y a leer y a oír, habremos recorrido la Historia de lo acaecido en el mundo através de tan inmenso lapso de tiempo.

HISTORIA DEL MUNDO PARA NIÑOS



Buscando pelea



A cada uno le llega su hora.

Un campeón de tennis o de boxeo vence al que fué campeón antes que él, y después, durante algunos años, conserva el título.

Pero, más tarde o más temprano, otro más joven y más diestro lo derrota, y gana a su vez el campeonato.

Cosa muy parecida ocurre con los países y los pueblos. Un país gana el campeonato a otro, lo conserva por unos cuantos años y después, cuando envejece, lo pierde a favor de otro país más joven y más fuerte.

Hemos visto que:

Ninive fué campeón durante algún tiempo; después
Babilonia lo fué a su vez; después
Persia tuvo el campeonato; después
Grecia lo tuvo a su vez; y, últimamente,
Macedonia.

Quizá os preguntaréis quién fué el nuevo campeón al desmembrarse el imperio de Alejandro. Cuando éste emprendió la conquista del mundo, avanzó hacia el Este, hacia el sol naciente, y hacia el Sur. No paró su atención en los países situados al Oeste, hacia el sol poniente. Roma, de la cual hasta ahora nada hemos oído, era entonces una pequeña población de calles estrechas y casas de madera. No tenía importancia bastante para que Alejandro se ocupase de ella. La misma Roma no pensaba entonces sino en evitar que las poblaciones próximas la venciesen.



Mapa del Mediterráneo con los territorios de España, Cartago, etc.

Es corriente referirse a una ciudad diciendo “la” o “ella”, como si se tratase de una niña; pero Roma se parecía más a un chico a quien los demás chicos buscan piquilla. No obstante, con el tiempo, Roma creció de tal modo, que no sólo pudo cuidar de defenderse a sí misma, sino también ofrecer rudas batallas a las demás poblaciones; y, no satisfecha ya con reducirse a la defensa, comenzó a luchar y a vencer a la mayor parte de las ciudades de Italia, hasta que, finalmente, llegó a ser campeón de toda la “bota”. Después empezó a mirar a su alrededor para ver qué otros países había fuera de Italia que ella pudiese conquistar.

Fijaos en una cosa: parece que Italia, la “bota” (porque Italia tiene la forma de una bota), está pronta a dar un puntapié a una isla que tiene delante, como si jugase al *foot-ball*. Esta isla es Sicilia, y precisamente frente a Sicilia estaba situada una ciudad llamada Cartago.

Cartago había sido fundada por los fenicios muchos años antes, y había llegado a ser ciudad muy rica y poderosa. Como era ciudad marítima, había construido muchos navios y comerciaba con todos los puertos del Mediterráneo, lo mismo que habían hecho las antiguas ciudades fenicias de Tyro y Sidón.

No agradaba a Cartago ver a Roma crecer tanto y hacerse tan fuerte y poderosa. En otros términos: Cartago estaba receloso con Roma.

Por su parte, Roma veía también con recelo la riqueza y tráfico comercial de Cartago, y buscaba afanosamente alguna

excusa para declararle la guerra.

Ahora bien, vosotros sabéis lo fácil que es buscar pelea cuando queréis tenerla. Por ejemplo: un muchacho saca la lengua, el otro le da un puntapié, y ya está armada.

Pues bien: dos naciones hacen a veces lo mismo que los niños: comienzan la lucha por cualquier motivo sin importancia, y aunque llaman “guerra” a la pelea, ésta no es otra cosa que una “agarrada”; solamente que allí no hay padres que vayan y les den a las dos una zurra y las acuesten sin cenar.

Así, pues, no tardaron mucho Roma y Cartago en hallar un pretexto para iniciar la lucha. Los romanos la llamaron “guerra púnica”, porque ellos llamaban “púnicos” a los fenicios, y los cartagineses eran fenicios.

Como Cartago estaba al otro lado del mar, los romanos no podían llegar a ella a no ser embarcados. Pero Roma no tenía barcos. No era ciudad costera, y no sabía construirlos; y aunque los hubiese tenido, tampoco sabía nada del arte de navegar.

Los cartagineses, por el contrario, tenían muchos, muchos barcos, y, como todos los fenicios, eran viejos y expertos navegantes.

Pero ocurrió una cosa inesperada, y fué que Roma encontró los restos de un barco cartaginés que había naufragado y había sido lanzado a tierra por la tempestad, e inmediatamente se puso a construir otro, copiándolo. En tiempo extraordinariamente breve construyó un barco, y después otro, y otro, hasta que tuvo muchos. Entonces, aunque aquello, para ella, era nuevo, atacó a la flota cartaginesa.

Parece lo natural que los cartagineses hubieran vencido fácilmente, ya que los romanos sabían tan poco de navegación. Hasta entonces, en los combates navales, la lucha se había desarrollado lanzando los barcos contra los del enemigo, golpeándolos con el espolón y echándolos de este modo a pique.

Los romanos sabían que en aquella clase de lucha no podían competir con los cartagineses, y buscaron un modo para poder combatir como en tierra.

Para ello inventaron una especie de garfio grande, cuyo objeto

era el siguiente: al acercarse un barco romano al costado de otro cartaginés, en vez de tratar de hundirlo a golpes de espolón, lo engancharía con el garfio y los dos barcos quedarían unidos uno al otro. De esta manera los soldados romanos podrían saltar al barco del enemigo y luchar con éste como en tierra firme.

El plan dio resultado. El nuevo género de lucha cogió de sorpresa a los cartagineses, y a lo primero sufrieron algunas derrotas. Pero no os figuréis que las cosas fueron tan sencillas para Roma, porque los cartagineses aprendieron pronto a luchar también de este modo, y si Roma ganó unas veces, otras perdió, ya en batallas navales, ya en combates terrestres. Pero al fin vencieron los romanos, quedando derrotados los cartagineses. Así terminó la primera guerra púnica.